

capuchon que tiene dos agujeros para que puedan ver; se dirigen de este modo á la casa designada, llevan al muerto á la iglesia rezando salmos y teniendo antorchas en las manos. Las cofradías de Roma acompañan así á su sepultura, no solo á sus miembros, sino tambien á los extraños.

Hé ahí, pues, al pobre recibido á su entrada en la vida, abrigado, socorrido en sus necesidades y en sus enfermedades, asistido á la hora de su muerte, depositado con respeto en la tierra santa de donde debe levantarse algun dia; tal es hácia el último de los hijos de Adán la veneracion profunda y constante de Roma cristiana. Esta conducta, comparada á la de la Roma imperial, forma un contraste de tal modo inexplicable, que seria necesario ser muy ciego para no ver en él, bajo una de sus faces más divinas, el brillante milagro que cambió las costumbres y las ideas del género humano. La admiracion y el reconocimiento que él excita se hacen más vivos todavía, cuando se piensa en que la caridad romana, salvando el umbral de la tumba, va á consolar al hijo de su ternura hasta el seno de la eternidad. ¡Qué no tenga yo una pluma bastante elocuente para pintar dignamente el amor natural de Roma hácia los difuntos! ¡Oh, vosotros que amais los piadosos recuerdos de los siglos de fe y las tiernas costumbres de nuestros padres, venid á la ciudad santa; y cuando os sea dado contemplarla, por favor, tened ojos para ver, más no palacios, cuadros, estatuas, obeliscos, teatros y naumáquias. ¡Saved ver á Roma en Roma!

La Iglesia, tierna Raquel, madre y señora de todas las demás Iglesias, está sin cesar en movimiento para comunicar su solicitud en favor de sus hijos que han dejado de existir. ¡Qué consuelo para ella ver que un buen resultado corona sus esfuerzos! Quisimos ser de ello felices testi-

gos. En una de las bellas iglesias de la *Via Giulia* está establecida hace tres siglos la archicofradía del *Sufragio*, inmensa asociacion rica en indulgencias, que extiende sus ramas hasta las partes más remotas del mundo católico. De allí corre incesantemente un rio de oraciones, de limosnas, de buenas obras, de misas, que va á llevar el descanso y la paz á las almas detenidas en las llamas expiatorias. No habreis olvidado aquella otra cofradía, tan imponente por su número, tan admirable por el fervor de sus miembros, que todas las tardes acude al hospital del Espíritu Santo y que luego que se acerca la noche, bajando devotamente de la cresta escarpada del Janículo, se va á orar en los sepulcros. Añadid á esta, otras veinte asociaciones que podeis ver todas las tardes en los diferentes hospicios, y en los oratorios nocturnos, rezando los oficios santos por las almas del purgatorio. En fin, cuando el otoño trae la solemne fiesta de los Muertos, trasladaos á la *Via Giulia*, á los cementerios del Janículo, de San Salvador, del Consuelo y de Santa María *in Trastevere*. Una multitud inmensa y recogida llena aquellas moradas, ó por mejor decir, aquellos vastos dormitorios de los muertos. A fin de excitar su piedad despues de las oraciones, siguen representaciones tomadas de las Escrituras. Los personajes tienen la cabeza, las manos y los piés, de cera, cosa que se trabaja muy hábilmente en Roma; sus vestidos son propios de las circunstancias y se les ve en los momentos más importantes de la accion; el fiel encuentra allí un motivo de tierna compasion y el artista mismo un objeto de estudio. La fiesta de los muertos sigue con la misma pompa y el mismo empeño durante toda la octava. 1

Pero no basta á la Iglesia hacer oracio-

1 Constanzi, t. 1, ps. 72, 222, 251.

nes una vez al año por las almas que sufren continuamente; otra costumbre viene todos los dias á repetir á los vivos el recuerdo de sus hermanos difuntos y á solicitar sus oraciones para ellos. En 1480, nació en Italia un santo que debia ser la gloria de su siglo y de la Iglesia; se llamaba *Gaetano di Tiena*, Cayetano de Tiena. La ternura de su corazon tuvo sobre todo por objeto á las almas del purgatorio. Cuando llegó á Roma, estableció una piadosa costumbre que encontrais todavía y es la que se llamó el *Ave Maria* de los muertos. 1 Cuando ya la noche ha bajado de las siete colinas y rodeado á la ciudad con sus sombríos vuelos, las campanas dejan oír un sonido lúgubre. Ellas advierten á los cristianos, que deben pensar por última vez ántes de descansar, en sus hermanos, que no tienen por lecho más que las llamas quemadoras; y los buenos fieles se apresuran á rezar el *De profundis* ó la pequeña oracion señalada para cada dia de la semana en un libro perfectamente popular. 2 Estas son algunas de las piadosas prácticas establecidas en la ciudad santa en favor de las almas que sufren. Debe confesarse sin trabajo que la vista de estas tiernas costumbres, hace más bien al corazon que el aspecto de los monumentos soberbios y el de las fiestas magníficas, cuyo glorioso privilegio tiene Roma. Al ménos ellas demuestran al viajero más indiferente que la señora de la fe es tambien la madre de la caridad, y que desde los umbrales de la vida hasta más allá de la tumba, el pobre no se excluye un instante de su inteligente caridad. Ahora bien, en el siglo en que vivimos, semejante conocimiento es muy poca cosa.

1 *Raccotta*, di Indulgenze, p. 486; Roma 1841.

2 Il Purgatorio aperto alla pieta de'viventi; El Purgatorio abierto á la piedad de los vivos.

## 10 DE FEBRERO.

Los Sacconi. — Limosnas particulares. — Reflexiones sobre la caridad romana.

El tiempo estaba frio, el cielo nebuloso y el suelo cubierto de lodo. Hago notar todas estas circunstancias, porque ellas recuerdan á mis ojos la obra admirable de que voy á hablar. Cuando pasábamos por la cima del Capitolio, cerca de la prision de los deudores, oímos á algunos pasos dos hombres que caminaban silenciosamente delante de nosotros, de cada lado de la calle. Iban con los piés desnudos el cuerpo cubierto enteramente con un largo saco de tela blanca, terminado en la parte superior con una máscara de la misma tela que estaba perforada con dos agujeros para los ojos, de modo que era imposible ver sus rostros. Uno y otro tenian una bolsa en la mano y se paraban en los umbrales de cada puerta, sin decir una sola palabra; la puerta se abria, una moneda caia dentro de la bolsa, y ellos manifestando su reconocimiento por un profundo saludo, seguian á presentarse en la puerta inmediata. «¿Quiénes son estos hombres? ¿qué hacen?» tales fueron las preguntas que dirigimos casi á una voz al excelente amigo que nos acompañaba. «Esos hombres, son, nos dijo él, los *Sacconi*; deben su nombre al gran saco que les cubre. Sabreis que existe aquí una asociacion piadosa, compuesta de lo más selecto de la nobleza, del clero secular y de los cardenales; ella tiene por objeto el consuelo de los pobres y sobre todo de los presos por deudas. Cada mes sus miembros recorren las calles pidiendo limosna. El dia que para ello está fijado, así en estío como en invierno, y á pesar del frio y de la lluvia, van como veis, con los piés desnudos, á pedir de puerta en puerta por

todos los cuarteles de Roma. Veis tambien que todo el mundo les hace buena acogida; el pueblo tiene por ellos gran veneracion y los ricos que les negasen limosna se expondrían a negársela á sus parientes ó á sus amigos. Esos dos *Sacconi* que nos preceden son tal vez dos cardenales ó dos príncipes romanos."

Hé ahí si no me engaño una caridad de buena ley. No se diga, como dicen ciertos turistas, que para los romanos todo es espectáculo y monería; y que como amigos de las fiestas no conocen la caridad que exige la abnegacion y el sacrificio del "yo." A la verdad que aquí no se encuentra ni puede encontrarse la ostentacion. Aquí esos hombres no podrian ser conocidos por nadie, ni por sus amigos; no hablan una sola palabra y es imposible ver las facciones de sus rostros. ¿Qué aventajan esos grandes señores en cuanto á su vanidad y á su bienestar, con recorrer de ese modo, cubiertos con un mal saco de tela y los piés descalzos, aun las calles más oscuras de la ciudad, en tiempo de invierno, durante una gran parte del día y pidiendo limosna? Los detractores sistemáticos de todo aquello que es inspirado por la fe, ¿tendrian valor de hacer otro tanto? Vanidosos como todos los hijos de Adán, ¿tratan acaso de conquistarse popularidad á tal precio? Cuando los hayamos visto en ejercicio, podremos pensar si motivos puramente humanos pueden inspirar una abnegacion semejante; hasta allí se nos permitió creer que solo el Evangelio es capaz de alcanzar, y de alcanzar constantemente hace ya muchos siglos, un sacrificio doblemente costoso á la naturaleza.

El espectáculo tan moral que teniamos á la vista, nos llevó á hablar de las limosnas particulares que se dan en Roma. Esta página debería completar nuestra historia de la caridad corporal en la ciudad de San Pedro. En Francia bendecimos á

Enrique IV por haber deseado que todos sus súbditos tuviesen el domingo un pollo que comer; en Roma los socorros son tan abundantes, que cada pobre puede hacer todos los días una excelente comida. Y desde luego, dos bellas instituciones ponen un cuidado especial en los desgraciados que, nacidos en la abundancia y educados en las costumbres del mundo, sienten que pesa más cruelmente sobre ellos la miseria terrible. Gracias á la *Archicofradía de los Santos Apóstoles* y de la *Divina Piedad*, vienen socorros inesperados y desconocidos á consolar la horrible indigencia de las viudas honradas y de los desgraciados padres de familia. La primera se remonta al año de 1564. Fué fundada por algunos piadosos cristianos que tenian un cuidado especial de la capilla del Santo Sacramento, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Encontrándose asociados en esta práctica de piedad, quisieron juntar á los actos de devocion obras de una caridad activa; siempre y por todas partes procede así el cristianismo. Se consagraron, pues, al consuelo de los pobres, y especialmente de los pobres vergonzantes. Todos sus miembros actuales de nobles y ricas familias, son catorce, uno para cada cuartel, y cada uno de ellos distribuye cada año trescientos francos en limosnas.

La congregacion de la *Divina Piedad* debe su origen al venerable sacerdote Giovanni [Juan] Stanchi de Castel-Nuevo. En 1679 reunió este santo algunas personas elegidas en el clero y entre los particulares, para recoger limosnas destinadas á las familias vergonzantes, cuya miseria contrasta con su abundancia pasada. Gracias á la generosa proteccion de los soberanos Pontífices Inocencio XI, Clemente XII, Benedicto XIII, la congregacion se ha mantenido siempre en un estado próspero. Nos fué muy agradable conocerla, porque ella presenta una prueba más de

la prioridad de Roma y de su inteligencia de hecho, tratándose de buenas obras. Sus miembros son de treinta á cuarenta y deben tener veinticinco años cumplidos; son sacerdotes ó bien seculares.

El método que ellos tienen, dice Monseñor Morichini, en la distribucion de los socorros es, segun creo, el mejor que puede seguirse; y Roma puede envanecerse de haber puesto en práctica hace ciento cincuenta años, esas máximas de la caridad pública y privada cuya teoría ha desarrollado recientemente el baron de Gerando en su *Visitador del pobre*. Cada cuartel de la ciudad tiene su *diputado*, asistido de otros dos *miembros visitantes*. No se concede ninguna limosna sin que ántes alguno de los miembros visitantes se haya persuadido con sus propios ojos de la miseria y de la necesidad. Los socorros más bien se dan en cosas, que en dinero; más bien á un corto número de personas que se encuentren verdaderamente necesitadas, que á numerosas familias para quienes seria una gota de agua.

Camas, vestidos, rescate de prendas del monte de piedad y pagos de arrendamientos, buenos panes, son las limosnas más comunes. Segun los estatutos, la obra debe asistir especialmente á los enfermos, á las jóvenes que están en peligro de perderse, á las viudas, á las mujeres abandonadas por sus maridos, á los prisioneros, á los jóvenes privados de empleo y á los viajeros.

Tres veces al año, cada visitador tiene que distribuir una suma en su cuartel. Cada una de estas distribuciones puede subir á 700 escudos, lo que formó en el año 2,100 escudos, aunque la Congregacion posee una renta doble al ménos, pero gravada con legados y servicios religiosos. El día de la fiesta de Santa Ana se hace una distribucion de pan y se dan socorros muy considerables, en casos de urgencia, en el

curso del año, cuando se sabe la posicion crítica de alguna honrada familia. En este caso se llevan las limosnas á los necesitados por los diputados designados con anticipacion bajo el título de *diputados de los casos secretos*, los cuales no dan cuenta del dinero que se les confia, con el fin de nunca aparezcan en los registros de la sociedad los nombres de los desgraciados á quienes han socorrido.

Yo agregaria largas páginas á las que preceden, si quisiera hablar de todos las demas limosnas, buenas obras ó instituciones de caridad que forman la gloria y la vida de Roma cristiana; pero me contentaré con algunas reflexiones propias para caracterizar ese magnífico sistema de *filantropía*, tan poco conocido en Europa y tan poco en armonía con los principios de nuestros economistas modernos.

Desde luego, todo parte en Roma de la inspiracion religiosa; lo que en otros pueblos se hace por el sentimiento natural del derecho de humanidad, toma aquí la vida en motivos de fé. A la cabeza de todas las instituciones de caridad encontráis el nombre de un santo, de un sacerdote piadoso, de un ferviente cristiano que fué el que concibió la idea de ella; todas conservan el sello de su origen, ya con el nombre de cofradías ó ya organizadas eclesiásticamente. La bandera de un santo les sirve para reunirse, y su vida de modelo; hay una capilla particular que está siempre inmediata á sus reuniones, y sus reglamentos tienen un sello enteramente católico. En el ejercicio exterior de sus buenas obras se ocultan generalmente los cofrades bajo un vestido demasiado feo en sí mismo, pero favorable á la humanidad; el saco de penitente que les cubre no les deja ver más que los ojos, y los hombres de mundo, los altos dignatarios, van ocultos